

der de los estados continentales, y finalmente la murete accidental del Lord Castlereagh, seguida de la eleccion de Mr. Canning para la secretaria de estado en asuntos extranjeros.

La alianza de Inglaterra y Rusia contra Bonaparte, aunque á la sazón haya sido cordial, á causa de un grande interes comun, las dejó, despues de haber llevado á cabo su proyeto, en sus antiguos puestos de potencias rivales y hostiles. Esta nueva relacion no tardó mucho en descubrirse, y empezó á percibirse en el congreso de Viena, que precedió la batalla de Waterloo. Los proyectos de engrandecimiento, que manifestó Rusia en aquel congreso, hallaron naturalmente oposicion de la parte de Inglaterra, y su resultado dió una prueba nada equívoca del poder actual de estas dos grandes rivales en la balanza de Europa. La formacion de la santa alianza, sin la concurrencia ó participacion de la Gran Bretaña, la intervencion violenta de los aliados en los asunto de Nápoles y Cerdeña, contra su consejo y deseos, y finalmente la repeticion del mismo acto, en un teatro mayor todavia, en el congreso de Verona, mostraron plenamente la realidad de la preponderancia de Rusia, y la nulidad comparativa de Inglaterra, con respecto al continente. En todas estas ocasiones la última potencia habia hecho el papel de espectadora pasiva é involuntaria de medidas en que no podia cooperar, y que desaprobaba abiertamente, mas que no podia arriesgarse á contrarestar, y que estaba en cierto grado políticamente obligada á sancionar, presentandose en las asambleas en que se decretaban. Esta fué la situacion poco brillante á que redujo Inglaterra una vuelta singular de la rueda de la fortuna, al fin precisamente de la guerra de treinta años, que habia sostenido á costa de inmensos gastos, con el solo fin de asegurar su influencia en Europa, y cuyos resultados, á su

parecer, le eran ventajosísimos. Ha sido lo peor del caso el que ya no admitia remedio efectivo. Era imposible el que la nacion, cargada como estaba, con una deuda de mil millones libras esterlinas, se metiese en otra contienda interminable, con las potencias combinadas del continente; y todos los recursos, á escepcion de la guerra, se habian ya probado sin efecto. Era por consiguiente indispensable el someterse á una situacion pasiva, y ponerse mansamente á la par con las potencias de segundo orden. Cualquier ministro de ordinario talento hubiera hecho esto, pues no hay fuerza intelectual, que hubiera podido impedir tal resultado, sin la ocurrencia de algun accidente favorable. A este mismo tiempo tuvo principio la rápida série de grandes sucesos en la América meridional, que presentaron á Inglaterra la oportunidad de tomar un nuevo puesto en el sistema político de Europa y del mundo. A fin, sin embargo, de verificarlo, era necesario hacer algun sacrificio con respecto á las formulas establecidas, y despejar, de un modo algo violento, los estorbos que hubieran podido detener al Lord Castlereagh. Dudoso es el si este ministro ha creido compatible con el supuesto derecho del rey de España para con sus colonias, el proceder al reconocimiento de su independencia. Para disipar estos escrúpulos, por vanos que ahora parezcan, era menester que el gabinete se hallase fuertemente penetrado de su independencia; y á no haber sido por la muerte ropentina del Lord Castlereagh, en aquel momento crítico, y la sucesion de Mr. Canning al puesto vacante, dicha medida hubiera podido diferirse por un espacio indefinido de tiempo. Esta dilacion hubiera verosimilmente tenido una influencia siniestra en el curso de los sucesos, así en Europa como en América. La fortuna, no menos que la política, contribuyó en esta y otras ocasiones á determinar el movimiento de los negocios.

Parece algo singular el que dos estadistas, que seguian nominalmente el mismo partido político, formados en la misma escuela, que profesaban una veneracion ilimitada y sincera al mismo gran maestro, y que en efecto habian obrado de acuerdo por años enteros, (aunque es preciso confesar que sin mucha armonia,) como miembros de un mismo gabinete, hayan sido de opinion tan esencialmente diferente, en cuanto á la política exterior de su nacion. Pero el carácter personal del Lord Castlereagh y Mr. Canning eran tan opuestos, como su carrera política habia sido en cierto modo parecida. El Lord Castlereagh era un estadista de rutina, y poseia en grado eminente las calidades que constituyen un hombre de su clase. Administró el gobierno como Mr. Pitt se lo habia dejado, al modo que un primer oficial de una contaduría lo hubiera hecho, en la ausencia del administrador; pero debemos confesar que pertenecia á un órden superior de oficiales. Aunque incapaz de concepciones originales, era activo, industrioso é infatigable en lo perteneciente á su destino. Es cierto que carecia de vigor y elocuencia, pero era un orador afluente, templado, y lo que es mas, copioso. Nunca irritó á sus opositores, y podia con frecuencia cansarlos, cuando no persuadirlos ó convencerlos. No se jactaba de pureza ni precision como escritor; pero era un diplomático seguro, porque nunca espresó sus ideas de un modo oscuro y forzado, á fin de dar á sus despachos una interpretacion á su grado, en caso de creerlo conducente. Conocia poco la política como ciencia, razon porqué no podemos tenerlo por partidario ó discípulo, ni del despotismo, ni de la libertad. Aunque dijo á sus amigos del continente, que la mezcla de este último elemento, que existe en la constitucion Inglesa, no era la mejor parte de ella, fué sin duda mas bien porqué le sirvió á veces de estorbo, que porqué aprobaba el puro despotismo, ni en te-

oria ni en práctica. Estas y otras calidades de igual especie lo hicieron un ministro afortunado, ya que no distinguido, durante el tiempo que los asuntos pudieron seguir su curso sin detrimento del interes público, del mismo modo que él los habia hallado. Pero cuando tuvo lugar la crisis, en que era necesaria la adopcion de medidas nuevas y originales, se vió cuan insuficientes eran sus talentos en una ocasion semejante. El embarazo y ansia que sintió al verse engolfado tan en alta mar, habiendo perdido de vista sus antiguas costas, y sin mapa ni norte por que poder guiarse, contribuyeron sin duda á producir el estado de mente, que lo llevó á la sepultura.

El carácter de Mr. Canning era casi en todo diferente. Poseia todas las calidades morales é intelectuales del Lord Castlereagh, pero unia á ellas un poco del mérito mesurado y práctico de su predecesor. Buen literato, escritor elegante, así en prosa como en verso, orador elocuente, capaz de pensamientos profundos, aunque á esto no era tan adicto como á algunos de los otros ejercicios intelectuales, unia casi todas las calidades que constituyen un ingenio de primer órden; pero lleno de orgullo con el conocimiento de estos dones, ha olvidado á veces la prudencia firme y templada que es al mismo tiempo el recurso instintivo de inferioridad conocida, y la política invariable de un talento verdaderamente práctico. Amigo de lucir su habilidad en sus ingeniosas salidas y agudeza, no solo usaba de esto con exceso en sus discursos parlamentarios, sino que tambien llenaba de sarcasmo é ironia los escritos diplomáticos mas serios. Aseguró al canciller Ruso, el Conde Romanzoff, en respuesta á una observacion usual y ordinaria, sobre los inconvenientes de la guerra, que aquel ministro habia introducido en unos preliminares de paz, dirigidos á Mr. Canning desde Erfurth, que no tenia la culpa el rey de que las naciones continen-

tales estuviesen malparadas á causa de su propio sistema. Del mismo modo informó á nuestro gobierno, en respuesta á una espresion semejante, que aunque su magestad sentia mucho el inconveniente que resultaba á los Estados Unidos del embargo de su comercio, no debian con razon esperar el que los redimiese de él, sacrificando sus propios derechos é intereses. En este estilo hay tan poco gusto, y buen sentido como buen sentimiento. En otras ocasiones dió muestras de una independenciam natural é imperturbabilidad de carácter, que le hicieron todavia mas honor, como en el asunto de la reina. Aunque era al parecer partidario de la libertad en lo abstracto, miraba con un horror justo y natural les excesos de la revolucion Francesa y sus secuaces en Inglaterra, razon porque se unió al partido ministerial; y parece que en la teoria del gobierno ha seguido la opinion, que es probablemente justa en su aplicacion á la Gran Bretaña, de que la constitucion es en aquel pais enteramente un resultado de la práctica y no de la teoria, que no ha sido fundada y que no se puede reformar con seguridad, segun ninguna de las reglas políticas conocidas, y que al contrario debe dejarse seguir intacta su curso, á lo menos hasta que males desesperados, exijan remedios de igual naturaleza. Pero á pesar de todas estas grandes y brillantes calidades, su carrera política le ha sido en general poco favorable y gloriosa, hasta su segunda entrada en el gabinete de asuntos extranjeros. El puesto que ocupó en el ministerio despues de haberse retirado la segunda vez de aquel empleo, no le hizo ningun honor, y aun parece que le ha sido difícil su desempeño. El ascenso de un rival inferior, pero mas afortunado, fué evidentemente lo que él no pudo llevar á bien, y le vimos errar, lleno de inquietud, en diferentes partes de Europa, y disponerse finalmente para embarcarse para el oriente, cuando la muerte del Lord Cas-

tlereagh lo restituyó de un golpe á su antiguo puesto, al tiempo en que mas necesitaba de la energia de su carácter. Lo brillante de su carrera desde entonces, lavó é hizo olvidar, los yerros que antes habia cometido. La crisis era muy favorable al ejercicio de talentos superiores, y Mr. Canning probó que los suyos bastaban para el desempeño de lo que exigian las circunstancias. Vió el terrible y creciente poder del despotismo en su vecindad, y creyó que el solo medio adaptable para que Inglaterra no fuese su víctima, era el unir su suerte con la del naciente imperio de libertad en América. Convencido de esto, y conociendo lo suficiente de su habilidad, para abrirse una nueva salida y á su patria juntamente, cortó de un golpe su conexion con el continente, y, cual otro Colon, dirigió su esperanza y proyectos al mundo que encierra nuestro oceano occidental. Su segunda entrada en el gabinete de asuntos extranjeros da por consiguiente principio á una nueva era en la política de la Gran Bretaña, así doméstica como estrangera.

Las poderosas reflexiones económicas, que contribuyeron tambien á recomendar esta gran medida, y la favorable influencia que en el comercio é industria de Inglaterra tendrá, son bastante obvias, y no hay necesidad de individualizarlas. El abrir el comercio de la América Española á las fábricas de Inglaterra, era suficiente, si cabe en los límites de la posibilidad, para desahogar aquel pais de los inmensos impuestos con que se hallaba cargado, por los incomparables esfuerzos de su gobierno durante la última guerra. De todos modos no puede dejar de ser un bien temporal ó paliativo, y dilatará el terrible momento, si por último no impide su llegada. Un temor natural de que los Estados Unidos, por medio de un reconocimiento anticipado, ocupasen de antemano, y en cierto grado se apropiasen aquel magnífico campo, ha

sido uno de los grandes motivos que mas indugeron la Gran Bretaña á acelerar sus movimientos. Pero en este proceder no tenemos razon, ni de queja, ni de envidia. El gobierno Ingles, al consultar el interes económico de sus súbditos, no hizo mas de lo que le competia; y en cuanto á nosotros, la esperiencia nos muestra, que no necesitamos desear mayor porcion del comercio del mundo, que el que podemos obtener por medio de la industria y talentos de nuestros ciudadanos, que se han puesto ya á nivel con los de las demas naciones. Nuestra inmediacion á la América Española dará siempre á nuestro comercio una ventaja considerable sobre el de Inglaterra; y se sabe que en algunos ramos importantes de iudustria, somos ya, no obstante la infancia de nuestras manufacturas, los mayores rivales de la madre patria. Este amitoso afan con que nos disputamos la palma de la escelen- cia, así en las artes liberales como en las útiles, no ofende á ninguna, y promueve al contrario directamente el bien de ambas naciones. La humanidad se regocija con esto, al paso que la oprimen las infernales escenas, que tan frecuentemente resultan de las pretensiones de naciones rivales al poder y dominio territorial.

Los resultados políticos del reconocimiento de la América Española por Inglaterra, son sin embargo los que de mas cerca debemos ahora tocar, y, como ya se ha dicho, son de tal importancia que seria dificil el exagerarlos, por mas que se ponderasen. Para los nuevos gobiernos, este suceso ha sido de menor interes, que su anterior reconocimiento por los Estados Unidos, sobre que tendré ocasion de estenderme mas adelante, pues les hizo evidente el que podrian llevar felizmente ó cabo sus esfuerzos para emanciparse. Pero si nuestro reconocimiento fué de grande importancia, así por su operacion directa, como por lo que contribuyó á determinar el de

Inglaterra, el último tuvo, sin embargo, consecuencias mas serias, porqué convenció á las potencias continentales de que no podrian intervenir con seguridad, viendose así obligadas á dejar sola á España en su desvalida situacion. Para los Estados Unidos ha sido tambien un suceso de incalculable monta, pues confirmó y estableció la condicion del continente Americano, y con ella la preeminencia de nuestro pais, como principal potencia Americana, entre las naciones del mundo. Si esta medida nos ha hecho algun daño en lo económico, para cuya suposicion hay poquísima razon, nos hallamos mas que recompensados por su favorable influencia en nuestra importancia política y seguridad. Para Inglaterra la adopcion de esta medida, fué de grandísimo momento, y casi equivalió en sus consecuencias á un cambio de situacion geográfica, desde una parte del globo á la otra. Fáltandole ya la confianza de las potencias continentales, que la tenian por amiga falsa y desertora de la causa comun, desterrada de sus plazas comerciales, escluida de sus consejos y estrangera á sus principios, la Gran Bretaña parece que se desprendió del otro mundo en que está situada, y se convirtió en un estado Americano mas bien que Europeo. Vemos, por esta razon, que Mr. Canning, en su discurso dirigido á nuestro compatriota Mr. Hughes, en una comida pública en Liverpool, declaró sin rebozo, que la madre y la hija, dando á entender Inglaterra y los Estados Unidos, tendrian que ponerse al frente de la oposicion contra el resto del mundo Cristiano. Ocasion tendré de examinar en el curso de este libro, la forma que esta alianza promete tomar, y de la cual no tendran razon de queja los Estados Unidos. En cuanto á sus efectos en las potencias continentales, el reconocimiento de la América Española por Inglaterra las llenó de tal consternacion y sorpresa, que casi han creído inconducente el di-

simularlo. Deshizo todos sus proyectos secretos de ayudar finalmente á España en la guerra, y les presagió que el principio de libertad, estableciéndose así firmemente y para siempre en el nuevo mundo, produciría en lo futuro una revolucion fatal en su sistema espurio. Este suceso, finalmente, por medio de su influencia sobre toda la hermandad de las naciones cristianas, consideradas como una vasta comunidad, y con proporcion á los principios que respectivamente reinan en cada una de ellas, reanimó la causa de la libertad, que era acaso la mas débil comparada con la del despotismo, en tal grado, que este le cedió siempre una preponderancia constante y decidida; aseguró el progreso de los mejoramientos contra el peligro de eualquiera interrupcion en lo porvenir; reanimó las corazonas de los amigos de la humanidad, é iluminó el prospecto del mundo. Estos grandes resultados los debemos sin duda al acceso del generoso Mr. Canning al gabinete Ingles. La gratitud que nos inspiran tan extraordinarios beneficios, hechos á todo el género humano y especialmente á nuestra patria y continente, debe hacernos olvidar nuestro antiguo choque con él, á causa de su intempestivo chiste sobre el embargo, particularmente habiendo tenido un modo mas serio de vengarnos en Platshurgh, Erie y Nueva Orleans.

Estos han sido los principales sucesos de los cinco últimos años, en las dos principales divisiones políticas de Europa; en el continente, el derribo de la constitucion Española, en Inglaterra el reconocimiento de la independencia Americana. Ambos parecieron ser al momento de su ocurrencia, los resultados de causas que por largo tiempo obrarian en los paises en que acaecieron, y determinarían su aspecto, acaso por siglos enteros. Es tal, sin embargo, la inestabilidad de las cosas humanas, que antes que nada de esto se hubiese consumado, mientras que las

tropas Francesas ocupaban España, y que los ministros Ingleses se hallaban todavía formando los primeros pactos con los gobiernos Americanos, ocurre un accidente á un individuo, en un remoto rincon de Europa, que amenaza, por de pronto á lo menos, el subvertirlo todo, y dar una forma enteramente nueva á los asuntos políticos del mundo. El corto período de confusion que inmediatamente siguió la muerte del Enperador Alejandro, pasó, no obstante, sin resultado alguno de importancia; ni aun síntoma habia de que en lo porvenir lo produgese. Es sin embargo una ocurrencia de tanto interes en sí misma, que llama imperiosamente la atencion, al examinar en general los acaecimientos políticos de dicho período.

Los que desean descubrir en todo accidente extraordinario señales de una especial intervencion de la Providencia, y que consideraban al emperador Alejandro como el órgano responsable en parte de la singular severidad con que Napoleon habia sido tratado en su última caída por los aliados, juzgaron que la prematura muerte del primero, del modo particular en que aconteció, habia sido su fin merecido, por la parte que habia tenido en el destierro de su antiguo amigo y aliado á la isla de Sta. Helena. Algo hay en efecto muy singular en la semejanza de las circunstancias, que acompañaron la muerte de estos dos individuos. Ambos, despues de haber empuñado á su turno, por cerca de diez años, el cetro de la Europa continental, dejan sus alcázares y magníficos palacios—su corte y ejércitos—todo el orgullo, pompa y suposicion de su rango, y se retiran á vivir en una habitacion solitaria, situada en un distante rincon del globo, sin mas comitiva que algunos de sus criados domésticos y amigos privados. Alejandro fué en esto mas afortunado que Napoleon, pues lo consolaron en sus últimos momentos la presencia y alhagos de una esposa amante. Sin embargo es preciso con-

fesar que esta supuesta semejanza en sus muertes, tenía en efecto mas de superficial que de realidad. Como quiera que sus respectivas situaciones se hayan parecido en el período de sus muertes y en algunos de sus vidas, sería efectivamente difícil el hallar dos individuos, que presenten un contraste mayor en su carácter personal. El emperador Alejandro no estaba exento de faltas.—Señaló el principio de su vida con una série de procederes dudosos, y de séria importancia. En sus últimos años adoptó teorías erróneas en el gobierno y religion, que hicieron problemática la rectitud de su conducta pública; y sus costumbres domésticas, en todo el curso de su vida, y en puntos muy delicados, si no queremos censurarlas con demasiada severidad, debemos juzgarlas comparándolas con las de los otros príncipes, mas bien que segun las reglas de una moral rígida. No pretendia tampoco poseer una inteligencia extraordinaria de ninguna naturaleza, ni suplían en él la falta de habilidades brillantes las calidades mas simples y sólidas, que casi son de igual monta en los objetos prácticos de la vida. Era al contrario notable por su falta de penetracion y buen sentido comun. Poco discernimiento mostraba á veces en la eleccion de sus socios; y al crecer en edad dió en una especie de desasosiego y entusiasmo místico, que le hicieron bien poco favor. Pero aunque no poseia las calidades que constituyen un carácter elevado, poseia, sin embargo, grandes virtudes, que contribuyendo en cierto grado á disimular sus defectos, lo presentaban de un modo favorable á los ojos del mundo. Tenia el suficiente talento para hacerse admirar entre los soberanos sus cofrades, y dar un aire de independencia á sus acciones; y supo hacer el mejor uso del talento que poseia, por medio de su grande actividad é industria. Pero su sola calidad en realidad brillante, era la nobleza y generosidad de su alma, virtudes que tanto a-

dornan, y que son sin embargo tan raras en los príncipes hereditarios. No se parecia á los otros monarcas, que, como el jóven arcadio de Juvenal, no sienten latidos bajo el pecho izquierdo—*laeva sub parte mamillae nil salit*—ni tampoco como Nopoleon, cuyo corazon, segun la observacion de su mismo hermano, era tan duro como las balas de sus cañones. El corazon del emperador Alejandro era en realidad de carne y sangre. Siempre se le ha conocido un fondo de bondad natural, el cual formaba el encanto y atractivo de su carácter, y le hizo al mismo tiempo el Tito de su siglo, y el amigo de todo el género humano. Se vió esto en sus obligaciones domésticas, por donde empieza y debe empezar la verdadera caridad. ¡Que contraste entre la inalterable armonia que reinaba en la familia imperial de Rusia, y las contínuas pependencias que al mismo tiempo perturbaban el interior de las Tullerías! Mientras que Nopoleon no permitia se sentase *Madame Mère*, como el la llamaba, en su presencia, los hijos de la emperatriz madre en San Petersburgo la adoraban como á una especie de divinidad, y el emperador entre los primeros. Cometió en su familia algunos deslices; pero ¡que diferencia entre el abandono temporal de Alejandro, cuando el ardor de la juventud le hizo cometer escesos veniales, si tales puede haber en esta elase, y el despego y frio cálculo de Nopoleon, quien, por razones de estado, separó de sí para siempre, é hizo morir antes de tiempo, la compañera de su vida, y su tierna socia en un estado mas humilde! Escandalizaban la Europa las reyertas entre este y sus hermanos, mientras que, con respecto á aquel, podia esclamar el mundo entero en las palabras de la escritura, “He aquí lo que es hallar hermanos que viven juntos y en union.” Pero el espíritu generoso del emperador Alejandro no limitaba su influencia al interior de su palacio, y daba un aire de dignidad y agrado á todos sus

ademanos, así en público como en privado. Sentía una verdadera simpatía en la suerte é intereses de los otros hombres, y le gustaba mezclarse con ellos en términos iguales. Le he visto repetidas veces en las calles de S. Petersburgo, paseandose solo horas enteras, y hablando familiarmente con las personas que acertaba á encontrar, sin distincion de clase. Lo mismo acostumbraba hacer en países estrangeros, donde realzaba el efecto de estas costumbres su contraste con la tesura y frialdad de los otros soberanos, que generalmente le acompañaban. Al presentarse entre los buenos habitantes de Paris, ganando sus corazones con una popularidad natural y encantadora, al paso que les presentaba el don sustancial de la subversion del despotismo militar, dichos habitantes olvidaron por de pronto la humillacion de recibir su libertad de un estrangero, y casi consideraban su presencia como una intervencion sobrenatural de la providencia. El calor libre y genial de su espíritu, hizo que brillase mas su entendimiento; porqué lo que llamamos entendimiento, es tanto el resultado de calidades morales como intelectuales. La insignificancia política de casi todos los soberanos, y la vaciedad de su conversacion, acaso no procede tanto de su falta de entendimiento, como de su sujecion habitual á las fórmulas de la etiqueta. A esto era superior el emperador Alejandro. No creía necesario el limitar su conversacion con estrangeros distinguidos, á unas cuantas observaciones comunes sobre el tiempo y el paseo, el último baile, ó la próxima corrida de toros. Entraba con intrepidez en el campo general de observacion, y con sus facultades naturales y una escelente educacion, realzando cuanto decia los *prestigios* de su clase y título, salia perfectamente del paso, y sin razon para arrepentirse de su temeridad.

Los habitantes de los Estados Unidos deben hacer á este príncipe la debida justicia, pues sea lo que haya sido para con las otras naciones, nosotros hemos poseido siempre su verdadera amistad, y no tan solo en mera profesion. De lo importantísimo de su alianza, dió pruebas en la crítica época de la última guerra, y debemos disimular su demasia en haber usado uno ó dos guarismos mas de lo necesario, al limitar la estension de su jurisdiccion sobre el oceano Pacífico. Inútil seria, sin embargo el procurar ocultar sus errores, hijos en parte de las mismas calidades que formaban la base de sus mejores virtudes. La libertad y actividad de su espíritu, al paso que aumentaban en sumo grado su influencia y reputacion, eran tambien las causas inmediatas de algunos engaños muy peligrosos. Una grande actividad suele ser prueba de inconsistencia y volubilidad de intento; y parece segun esto que el emperador no tenia un principio suficientemente firme, para resistir el flujo de circunstancias adversas, ó la seduccion de un interes inmediato. Comenzó su reinado con los sentimientos é intenciones mas liberales, y lo concluyó estableciendo colonias militares, la institucion mas iliberal y económicamente impolítica é impracticable, que jamas se adoptó deliberadamente en ningun siglo ni nacion. Protegió en ciertas ocasiones la introduccion de constituciones representativas en países estrangeros, fundó una, á lo menos de derecho, en su reino de Polonia, y dió á entender que intentaba hacer lo mismo en Rusia. Pocos años despues le vimos destruir dichas constituciones por medio de la fuerza, en diversas partes de Europa, siguiendo a la vana teoria de unos cuantos declamadores interesados; y prestando su influencia, por fortuna sin el mismo éxito, para perpetuar el reino de la supersticion y despotismo militar en las vastas y abundantes regiones del Nuevo Mundo. Despues de haber reconocido y hecho la de-